



por Valeria Tanco

De oficio panadero, changador arquitecto

Su historia familiar está signada por la migración, del Líbano a Uruguay primero y del interior del país a la capital después. Hace 35 años, Sahid Manzur fundó la empresa constructora Sadarq, cuya continuidad está asegurada por sus hijos. Desde una patente de bebedero de ganado hasta su política comercial de tener en caja el dinero suficiente para cubrir potenciales despidos: conversaciones con un protagonista del sector que bien podría inspirar una novela literaria.

"Nací entre la harina. Los recuerdos más viejos que tengo son estibando pan", dice el empresario Sahid Manzur sobre su infancia en Guichón en el negocio familiar. Fue su abuelo paterno, que no llegó a conocer, quien vino desde el Líbano y en 1929 construyó la panadería que bautizó con el contundente nombre Amor y Sacrificio. Varias décadas después, el padre de Manzur trasladó la panadería a Montevideo y le cambió el nombre a Panificadora Guichón.

Afable y buen conversador, Manzur riega su historia con las enseñanzas que le han dado las personas, las situaciones y la vida misma. Dice que la arquitectura le gustó desde niño en Guichón, pero tampoco tiene claro por qué eligió esa profesión. Aventura que tal vez tenga algo que ver con el hecho de que su abuelo era "picapedrero" en el Líbano.

En una familia en la que no había antecedentes de estudios terciarios hasta su generación,

Manzur piensa que una de las grandes virtudes de su padre fue alentar a sus cinco hijos a formarse profesionalmente: "Mi padre decía, y la tenía clarita, 'lo que yo les deje en la cabeza no se les va a caer, lo que les deje en el bolsillo se puede caer en cualquier momento'".

"Mis hijos le quieren dar otro vuelo, pero cuando estaba yo solo Sadarq era una empresa familiar. Me tiraba los centros y cabeceaba, picaba si había que picar"

Pero el padre no se las hizo fácil, todos tenían que trabajar en la panadería mientras estudiaban en sus respectivas facultades. "Mi viejo era de los duros de pelar", dice Manzur y narra cómo a los 22 años se peleó con él y esa misma noche se fue a dormir a la Facultad



La panadería que construyó su abuelo en Guichón en la década de 1920. La base es de piedra y la parte superior es ladrillo asentado en barro. "Él era picapedrero en el Líbano. De ahí pueden venir los genes que me dieron por la construcción", dice Manzur.

de Arquitectura. Luego pasó a dormir en pensiones durante un tiempo. "Cuando me peleé con mi padre agarré la cantina de la facultad, fui el primer cantinero estudiante, antes de que se la dieran al Centro de Estudiantes. Estuve cinco años ahí, me fue muy bien, me compré mi primer apartamento". Su debut comercial

changador arquitecto". De todas maneras, el título profesional demoró en llegar. Su estudio venía lento hasta que hizo el viaje de Arquitectura y sintió que se tenía que recibir: "Si no tenía la cartulina, no era nada. Durante un año entero me bancó mi primera esposa, la madre de mis hijos, e hice tres años de facultad en uno. Vine rabioso de Europa".

"La estructura administrativa nuestra es muy complicada. Ganás una licitación estatal y te pasás tres años dando vueltas para poder hacer la obra"

fue muy exitoso, por lo que le consultamos si eso se trae en los genes: "La genética incide, sin dudas. Yo tengo algo de fenicio. Muchos amigos míos pusieron empresas y marcharon. Yo muy arriba no estoy, pero vengo de muy abajo. Logré pasar tres crisis de esas que dejaban el tendal en la construcción".

De cantinero a empleado

En la época en que él era estudiante, década de 1970, la construcción pasaba por una crisis, "estaban todas las estructuras peladas" de edificios a medio construir y parados. "Un día se recibió un compañero de facultad que trabajaba de taquígrafo en el Palacio Legislativo y el director del taller le dijo: 'Lo felicito, Clemente. Ahora va a ser profesional taquígrafo y changador arquitecto'", recuerda Manzur, y agrega: "Yo soy de oficio panadero,

Cuando le quedaban apenas cuatro materias para recibirse, en 1974, volvió a postergar el título porque entró a trabajar en una empresa constructora: "Aprendí a trabajar en la construcción con Ángel Héctor Marchesoni. Gran tipo. Una empresa que tenía 50 años y que mayormente se dedicaba a realizar obra pública. En poco tiempo pasé a ser el segundo en jerarquía, debajo del propio Marchesoni". A pesar de su escalafón, al no tener el título profesional Manzur no podía firmar sus proyectos, que terminaban quedando a nombre de otros. Manzur se propuso recibirse, y su jefe Marchesoni lo llevaba y traía de la empresa a la facultad, "porque sabía que yo estaba radicalizado, y si no me iba", dice Manzur, quien terminó recibéndose en 1979.

Manzur estaba "muy contento" en su trabajo: "Me pagaba bien y tenía buena relación. Siendo hijo de empresario, la comodidad del empleado era ideal para mí, pensaba que iba a ser empleado de Marchesoni toda la vida". Sin embargo, vino la crisis económica y la subida del dólar de 1981, y poco antes Marchesoni había decidido, por unos puntos de ventaja financiera, pasar su deuda de pesos a dólares. "La deuda se multiplicó por

cuatro y la producción bajó por ocho. Nosotros facturábamos cuatro millones de pesos y pasamos a facturar 500 mil pesos por la crisis; 8 x 4 da 32 veces en contra. Y cerró". Manzur dice que fue muy triste ese momento, pero que al mismo tiempo fue una enseñanza: "Me sirvió para abrir los ganchos bien grandes cuando vienen esas turbonadas. Las cuerpeo porque las veo venir, y porque viví la primera como empleado de mucha confianza y supe los números".

De pintor a empresario

Ya con sus tres hijos nacidos, de pronto Manzur se vio sin trabajo. "Arranqué de pintor. El primer trabajo que hice fue pintar un apartamento", recuerda. En eso estuvo muy poco tiempo, porque enseguida se juntó con dos amigos de la facultad, Alberto Guijarro y José Luis Canel, y armaron la empresa Sociedad Anónima de Arquitectos (Sadarq). "Yo jorobaba con que nuestra oficina y depósito era la terminal de ómnibus de Arenal Grande y Mercedes. Los tres socios nos juntábamos ahí y salíamos a dirigir las obras. No teníamos vehículo, no teníamos nada".

Hasta 1986, según el propio Manzur, "no había pasado nada". Él viajó al mundial de fútbol

"En la construcción, la obra la hizo el peón, el oficial, el capataz, el arquitecto, todos.

La construcción es gente, lo único que no hay en la ferretería"

de México y a la vuelta, al igual que cuando se fue de viaje de Arquitectura, decidió cambiar el rumbo de las cosas. "Les dije a mis socios: 'A partir de ahora vamos a trabajar con los criterios míos', porque hasta ese momento lo habíamos hecho con los de ellos. Guijarro y Canel, ambos fallecidos, eran tipos brillantes. Pero claro, no eran comerciantes, no tenían el negocio en la sangre. Yo era bolichero [risas]. Hay cosas muy elementales en el comercio que tenés que respetarlas sí o sí", sentencia Manzur. Sus socios no querían dar ese giro, y tenían miedo de que la amistad terminara lesionada. Los tres se pusieron de acuerdo para rematar la empresa entre ellos: "Entonces nos sentamos alrededor de una mesa y yo dije pago tanto, porque si bien la empresa no tenía mucho, algo había. Nosotros no podemos poner eso, dijeron ellos. Bueno, tá, se los pago en 20 cuotas de 50 mil



"Hay que ser guapo para ser empresario de la construcción. Yo tengo un *stent* con una operación a corazón abierto".



Ya con sus tres hijos nacidos y sin trabajo, Manzur se volvió pintor. "El primer trabajo que hice fue pintar un apartamento".

pesos. Y les pagué, me quedé con la empresa y seguimos siendo amigos".

Durante la conversación, Manzur vuelve varias veces al tema de la supervivencia a las crisis. Las finanzas siempre saneadas son un norte empresarial que ha logrado cumplir y del cual siente orgullo. Cuando era empleado

de Marchesoni, su jefe vislumbró su futuro y le dio un consejo. "Me dijo: 'Vos vas a ser empresario. Tené cuidado con los cheques diferidos'. El primer fin de año de la empresa, con la deuda con mis exsocios, estaba como loco y había hecho muchos cheques diferidos. Pero salí. Y desde ese momento fui muy prudente. Nunca me rebotó un cheque".

Herencia libanesa

"Hace unos años fuimos a Beirut con mis hermanos, mi esposa y mis cuñados. Mi hermana tenía un dato de un terreno grande de cuatro mil metros que era de mi abuelo, y un nombre. Conseguimos un traductor y logramos encontrar a la persona. El tipo fue y agarró un bibliorato y dijo: 'El que demuestre que es heredero de Sahid Manzur es dueño de este terreno'. La escritura decía que había limoneros y naranjos, y no construcciones, por eso no tenía que pagar impuestos. Más de cien años después seguía siendo de mi abuelo.

De ahí fuimos a hablar con un primo, un beduino pariente que nos ofreció 150 mil dólares por el terreno. Le pregunto: '¿Cuánto sale un apartamento en esa zona?' y me contesta 140 mil dólares. Hice la cuenta, y del terreno de mi abuelo salían 25, 30 apartamentos. Me callé la boca y la dejé correr.

Volvimos a Montevideo, mi sobrino se metió en internet y los terrenos ahí valían muchísimo más. Somos 35 herederos, todos los primos nietos de mi abuelo. Muchos viven en San Pablo. Empezamos a discutir, en un momento me calenté, soy el mayor de todos, y les dije que me hicieran un poder a mí porque ninguno sabía negociar. Los peseteé [risas]. Me firmaron todos, y logré, desde acá de Montevideo, sin volver a ir, que nos pagaran 700 mil dólares por el terreno".

Sadarq ha variado la cantidad de personal, según dicte la coyuntura del sector y del país. En este momento tiene entre 50 y 60 empleados. "Una de las cosas que siempre tuve como política es tener el dinero para pagar los despidos de todo el mundo. Es una norma de la empresa. Tengo empleados que los he despedido dos veces, y no por razones de incumplimiento. Van tres veces que me quedé sin gente. Solo mis hijos, las dos personas de administración y yo", puntualiza. Más allá de los momentos difíciles, de los tres capataces que trabajan hoy en Sadarq, uno está desde el principio de la empresa, otro desde el año 1987 y el último desde hace 20 años.

De la construcción a la producción

El hijo mayor de Manzur es ingeniero y, si bien trabajó en Sadarq, hace varios años que está en otra empresa constructora, Espina. "Siempre tiene las puertas abiertas acá", aclara el empresario. Los dos hijos arquitectos de Manzur trabajan en Sadarq y están tomando la posta de la empresa. Manzur dice que el sector ha cambiado mucho a lo largo del tiempo, y que a esta altura él no podría hacer lo que hacen sus hijos, en particular por la

relevancia que ha adquirido la informática, ni sus hijos lo que hacía él, más artesanal y a pulso. De todas maneras, "a ellos les exijo que hagan el mismo esfuerzo que hice yo. La diferencia es que no empiezan de cero, sino mucho más arriba. El esfuerzo es el mismo, no es que vale más el primero que el resto. Pero les pido que hagan, y mis hijos meten para adelante".

Sin embargo, en principio Manzur no quería que sus hijos estudiaran arquitectura: "Sobre todo porque sabía que iban a agarrar en la empresa. La empresa es muy ingrata, requiere estar arriba de la cosa y lidiar con muchos intereses distintos. Hay que ser guapo para ser empresario de la construcción. Yo tengo un *stent* con una operación a corazón abierto. El 27 de enero pasado cumplí un año de vida. Cuando me operaron de urgencia un año atrás, me dijeron que por el lado cardíaco me daban 10 años. Ya me gasté uno [risas]. Los empresarios de obra son titanes todos, sobrevivientes. Leí el reportaje a Camejo [**Construcción** N° 38, pp. 67-72], ese sí que es un titán. En el año 1974 yo dirigía una obra para Marchesoni en Colonia y él iba manejando el camión con toda la gente arriba, se quedaba en la obra, daba martillo y era una fiera".

Gradualmente, Manzur va desvinculándose de la empresa. Hoy se dedica principalmente a las relaciones públicas y sigue firmando los cheques porque está más "curtido" que sus hijos en decir "no" cuando no hay dinero. No es que el hombre esté en su casa descansando, se ha dedicado a un campo que posee en Soriano, en el cual tiene un socio para la producción –mayormente ganadera y algo de agrícola– "pero socio de palabra, ¿eh? Él sabe que voy a respetar la sociedad y que mis hijos la van a respetar también".

El campo Manzur se lo compró cuando en mayo de 2002 intuyó que debía sacar el dinero que tenía en el banco Montevideo. "Tuve olfato, porque tengo nariz grande", dice risueño y agrega: "Compré el campo en el momento que la tierra fue más barata. Soy un tipo suertudo. Trabajo mucho, pero tengo suerte".

Desde hace tres años, tiene un proyecto particular que lo desvela y entusiasma: está desarrollando un bebedero para ganado bovino que patentó con el nombre "Bebedero del medioambiente natural". "Sé más de animales que de arquitectura, aclaro. El comportamiento animal es genial. Cuando vos vas sin prejuicios a una actividad, ves cosas que el

"La jubilación es la muerte civil. No podés parar. Cometí ese error con mi padre, lo hice jubilar y en dos años se murió. Con mi vieja hice lo contrario"

que vive toda la vida en eso no ve. Es como en la obra, yo era el segundo de la empresa de Marchesoni y él no iba porque me tenía mucha confianza, pero yo le pedía que fuera porque veía cosas que de adentro yo no. Yo fui al campo y el problema era el agua y los bebederos, que estaban siempre sucios".

El prototipo al que llegó Manzur tiene forma de trapecio e impide que el ganado vacuno meta las patas mientras toma agua. "Lo tengo totalmente en la cabeza. Tengo 30 bebederos hechos, y en estos días los voy a instalar en campos de gente que aceptó hacer la prueba. Yo les digo a los ingenieros que, en 30 años, todos los bebederos van a ser como el que el suscripto creó", asegura con convicción lúdica el inventor. ●



"La genética incide, sin dudas. Yo tengo algo de fenicio. Muchos amigos míos pusieron empresas y marcharon".